# GOBIERNO PATERNAL



***"Vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor".*** (Efesios 6:4)

Me dirijo a los padres jóvenes. Con oración, atended diligentemente las primeras muestras del ánimo carnal en vuestros niños, mientras estén sentados en sus sillas altas o recostados en sus cunas, exigid que respeten y obedezcan a la autoridad de sus padres. El niño que no obedece a su padre terrenal no obedecerá a su Padre celestial.

"Es necesario que el obispo sea irreprensible, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso . . . que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad (pues el que no sabe gobernar su propia casa ¿cómo cuidará de la iglesia?) 1 Timoteo 3:2, 5.

No permita Dios que aparente yo gran superioridad sobre mis hermanos. Todos sabemos que nadie agradece consejos que se ofrecen que no han sido solicitados. Pero cuando el hombre llega a ser bisabuelo, es de perdonarle si cuenta algunas cosas aprendidas por amargas experiencias y cuidadosas observaciones – lecciones que a veces jóvenes no saben agradecer. Cuento en seguida un capítulo corto de mi experiencia personal. Más o menos hace cincuenta años regresé a casa una tarde del domingo después de haber predicado a unas cinco millas de mi casa. Me llamaron a cenar. Probablemente por el frío y el hambre que traía, estuviera dispuesto a pasar por alto algunos detalles pequeños en la conducta de mis hijos. Pero una cosa no pude pasar por alto. Mi primogénito estaba sentado a mi lado en su silla alta, y su hermanita de quince meses en otra silla alta al lado de su madre.

Como de costumbre hice seña tocando la mesa para que los hijitos agachasen sus cabezas mientras ofrecíamos gracias por la comida. Nely inclinó su cabeza y cerró sus ojos, pero Mauricio se quedó con la cabeza levantada y ojos abiertos. Le hablé diciendo: "Mauricio, ¿me harás el favor de inclinar tu cabecita?" "No señor", me contestó. Volteé su silla hacia la pared. Toqué nuevamente a la mesa, y con los ojitos de Nely cerrados, pedí la bendición por la comida. Rogué de nuevo al niño, pero siempre me contestaba: "No, señor". Me di cuenta de que él entendía lo que él estaba haciendo, y que su voluntad de rebelaba contra la mía. Por fin, le conté que a su papa le gustaría mucho más dejar de comer una comida que exigir que su hijo hiciera tal cosa; pero le hice entender que él no comería jamás una comidita en mi casa hasta agachar su cabeza, cerrar sus ojos y decir: "Amén". Yo batallé con él hasta la hora de salir para predicar en el culto de la tarde. Mi fiel esposa siguió la batalla hasta casi las nueve horas. Por fin el muchachito se dio por vencido y dijo: "Mamaíta, yo puedo portarme bien; dile a Papaíto que yo puedo ser buen muchacho y decir 'Amén'". Así ganamos la primera batalla que contribuía a su conversión – cosa que sucedió cuando él tenía nueve años.

Pasados unos meses, una muchachita, mayor que mis niños, estaba jugando con ellos y repetidas veces decía: "No lo voy a hacer". Mauricio se dio cuenta del significado de esas palabras y las repitió varias veces a sus papás. Yo lo leí la historia de Elí y las consecuencias que sufrió por no haber gobernado a sus hijos; y le dije a mi querido niño, si él repetía otra vez las palabras: "No lo voy a hacer" sea a su padre o a su madre, yo le iba a castigar. Como resultado tuve que castigarle cada día durante nueve días hasta que él; "por lo que padeció, aprendiera la obediencia".

Conté estas historias una vez en un sermón, y una madre en la congregación le contó al pastor que ella tenia nada que ver conmigo porque me había conducido de manera cruel con mi muchachito. Pregunté si ella tenía niños. El pastor dijo: "Tiene tres varones – uno cumplió una sentencia en la cárcel y los otros dos son los más ingobernables picaros viciosos del pueblo". Por otro lado, yo gobernaba a mis muchachos y todos llegaron a ser caballeros y damas cristianos; uno

se hizo predicador y dos maestros de la clase adulta en la escuela dominical y mis dos hijas oficiales en la iglesia.

Que el lector juzgue cuál método era más cruel, el de la mujer o el él mío. Sostengo que es cruel, y malo dejar al niño sin disciplina y corrección. Repito, si el hijo rehúsa obedecer a su padre terrenal, las posibilidades son mil a uno que él no honrará ni obedecerá a su Padre Celestial.

Rev. Aaron M. Hills

